

#### 4. *El bien común universal en la Mistagogia de Máximo el Confesor*

la paz entre los seres y entre las cosas que lo rodean. El hombre tiene como misión reunir en su propia naturaleza la síntesis pacífica del mundo en todas sus polaridades.<sup>39</sup> Desde que perdió tanto su misión como la integridad de su naturaleza, fue factor de división y de separación para el cosmos. Al estar separado de la fuente de la vida, solo podría comunicar muerte y corrupción. Solo cuando reencontró en Cristo y por el misterio de Cristo aquello de lo que entonces había sido privado, pudo retomar su lugar natural en el orden de las cosas y contribuir, en tanto imagen de Dios entre todas las creaturas, a asegurar de nuevo su papel de vicario.

#### OBSERVACIONES FINALES

Una vez en el interior de la Iglesia, somos de nuevo participantes y estamos inscritos verdaderamente en el proceso de divinización progresiva que califica tanto nuestro ser como nuestras acciones. Hemos entrado, pues, en la segunda división de los siglos que hemos abordado con anterioridad.

Esta progresión se llevará a cabo en tres momentos principales que, por supuesto, todavía se podrían dividir:

(1) Desde el tiempo inaugurado por la primera parusía del Verbo, simbolizada por la entrada del obispo en la Iglesia, hasta el fin de la

39. Cf. Máximo el Confesor, *Ambiguum* 41 (1305ab): «La quinta división concierne a la creatura última, especie de laboratorio donde todo se concentra, superintroducido providencialmente entre los seres por la génesis como mediador natural entre los extremos de todas estas divisiones: el hombre, dividido en macho y hembra, el cual posee naturalmente, en promedio, toda facultad de unificación por la relación de sus partes en todos los extremos. Por esta facultad, conforme a la causa de la génesis de los seres divididos, se completa el modo que debía por sí mismo poner de manifiesto el gran misterio del plan divino, al llevar a buen fin armoniosamente la unificación recíproca de los extremos entre los seres, avanzando de los más cercanos a los más apartados y de los menos a los más excelentes, por una tensión cuya conclusión culminaría en Dios». Hemos estudiado este tema en nuestra contribución P. Mueller-Jourdan, «Maxime le Confesseur, III», *op. cit.*, pp. 464-470.

lectura del Evangelio, que señala la consumación de este mundo por el fin del período cuando el Evangelio es proclamado a toda creatura.

(2) Desde la segunda parusía, simbolizada por el descenso del trono por parte del obispo, hasta el cierre de las puertas de la Iglesia. Este rito recuerda la situación de las vírgenes necias que volvieron con el novio ya con las puertas completamente cerradas.

(3) Desde la entrada de los santos y los venerables misterios hasta la comunión, cuando Dios no dejará vacío de su presencia en los que participan ni un ápice. He ahí la herencia esperada, la Mesa del Reino, el festín prometido. El proceso de semejanza se completa con la comunión de los santos y los divinos misterios, y del hombre. El hombre se hace Dios por participación.

Solo la primera secuencia, desde la entrada del obispo hasta su ascensión al trono, corresponde a acontecimientos «cronológicamente» pasados, considerando nuestra experiencia del tiempo sensible. La segunda y la tercera secuencia, en cambio, son cronológicamente, con respecto a nosotros, acontecimientos futuros, aunque irrumpen misteriosa y litúrgicamente en nuestro *chronos* presente. Las acciones rituales que representan estos acontecimientos de modo icónico no son menos eficientes ahora, en la medida en que el efecto esperado se produce en un *kairós* que trasciende el espacio/tiempo que, fuera de la Iglesia, los fieles experimentan sensiblemente todavía, espacio/tiempo que, por cierto, encontrarán «en cierto sentido» cuando la celebración haya terminado. Hay que notar, sin embargo, que lo que litúrgicamente se da entonces, escapando a la cronología destructora, sigue presente en el fiel que retorna al siglo presente, a la vida familiar, la vida social y la vida de la ciudad.

Las transformaciones y transfiguraciones humanas, individuales y colectivas, vividas entonces no podrían permanecer en la Iglesia. El ser del hombre ha devenido un ser eclesial, y para Máximo, el hombre mismo se convierte en «iglesia».<sup>40</sup> La creación

40. Cf. Máximo el Confesor, *Mist.* 4.273-4.284: «El hombre es una iglesia mística. Por la nave que es su cuerpo, ilumina las potencias activas de su alma mediante la fuerza de los mandamientos según la filosofía moral; por el santuario de su alma llega a Dios, por la contemplación física y por medio de la razón, las razones sen-

#### 4. El bien común universal en la *Mistagogia* de Máximo el Confesor

entera, reinvestida de esta manera, es de nuevo lo que jamás debió dejar de ser: una «Iglesia-no-hecha-por-la-mano-del-hombre» en la que el cristiano puede ejercer de nuevo su sacerdocio real y vivir bajo el régimen de la pura caridad. En esta transformación, en la nueva creación inaugurada desde la hora presente, se manifiesta el bien más común de todas las cosas, este bien, este ser bueno, este ser siempre bueno, al que toda cosa aspira secretamente. Y este espíritu recobrado se traduce, o debería traducirse, si el hombre ha entrado efectivamente en la Iglesia, en una práctica de la caridad que esté a la altura del don recibido.

En el último capítulo sintético de la *Mistagogia* afirma Máximo admirablemente que:

[1110] La prueba segura de esta gracia <N. B.: se habla de la gracia del Reino restaurado y de la gracia de la deificación recibida en la comunión de los santos misterios> es la libre disposición de la buena voluntad hacia el prójimo, por la cual se hace que cada hombre que necesita de nuestra ayuda en cualquier sentido, nos resulte familiar, como Dios, y que no lo dejemos abandonado ni desatendido, sino que le mostremos con el celo debido, en acto, la disposición [1115] que vive en nosotros hacia Dios y hacia el prójimo. La tarea es la demostración de la disposición. En efecto, nada es tan fácil para la justificación, ni tan apto para la deificación, si la proximidad de Dios puede llamarse así, como la misericordia ofrecida por el alma a los necesitados, con deleite y alegría.

[1120] Porque, si el Verbo mostró que aquel que tiene necesidad de beneficencia es Dios —ya que, dice él, cuanto hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeñuelos, conmigo lo hicisteis todo (Mt 25,40)— Dios, quien lo dijo, se mostrará tanto

---

sibles liberadas muy puramente de la materia en el espíritu; por el altar que es su espíritu, finalmente, llama en su auxilio a ese silencio, cubierto de alabanzas en los templos, el silencio de la gran voz invisible e incognoscible de la Divinidad, y eso, por medio de otro silencio, locuaz y muy sonoro. Y, tanto como se le permite al hombre, vive con esa voz y se convierte en lo que le corresponde ser a quien se juzga digno de la presencia de Dios y se marca con su fulgurante esplendor».

más Dios por la gracia y la participación a aquel que puede hacer el bien y lo hace, [1125] porque tomó como buena imitación la fuerza y la propiedad de su propia beneficencia.

Y si el pobre es Dios, por la condescendencia de Dios, que se hizo pobre por nosotros (2 Cor 8,9) y que tomó sobre sí por sus propios sufrimientos, los sufrimientos de cada uno y que hasta el cumplimiento del siglo en proporción al sufrimiento de cada uno sufre siempre místicamente por su bondad, [1130] con mayor razón y en verdad será Dios aquel que se cura de manera divina por la filantropía en imitación de Dios los sufrimientos de aquellos que sufren, y que muestra tener en su disposición y en toda proporción la misma potencia de la providencia salvadora que Dios tiene.<sup>41</sup>

Este texto, elocuente por sí mismo, demuestra, si fuera necesario, que quien se hizo dios por participación vive ahora una vida divina. El hombre, llegado a la semejanza perfecta, en la medida de lo posible en las condiciones presentes, reproduce en sus propias disposiciones interiores y exteriores, en sus propias acciones, las mismas acciones de Dios, en cuanto que participa de su bondad y de su providencia. Y esta perfección de la semejanza se adquiere en la liturgia por la entrada en la Iglesia, por la participación libre y consciente en los acontecimientos de nuestra salvación, simbolizados por los ritos de la diataxis litúrgica, que pueden ser eficaces en la medida de la disposición del fiel. La caridad práctica que resulta de esta participación y de sus grados muestra la realidad de la disposición del hombre nuevo. Este hombre, rehabilitado en su naturaleza, se mantiene constantemente en la Gracia del Reino restaurado por una comunión sin cesar renovada con Aquel, que le confiere desde la hora presente los bienes que en su mayoría no aparecen sino como bienes futuros.

Si para Máximo el Confesor existe un bien único al cual aspirar, un bien a la vez común y particular a esperar, es ser reinscrito dinámicamente en la Gracia del Reino, en la celebración eterna del Dios eterno, el único bien deseable.

41. Máximo el Confesor, *Mist.* 24.1110-24.1134.

4. *El bien común universal en la Mistagogia de Máximo el Confesor*

ANEXO I: Plano de la Iglesia bizantina

